

LOS SERENOS

Pedro Soler Valero



El Maestro Vicente es increpado por el alcalde. Dibujo de Pedro Soler

Magro en carnes, espigado y barbilla prominente, obligada a encontrarse con la punta de su nariz, por la ausencia de una dentadura que nunca pudo reponer. Paseó el "Maestro Vicente" su impronta y genio repentino, como guardia municipal y sereno del pueblo. Por aquel entonces el sueldo de la mayoría no daba para ciertas reposiciones. Era

habitual en quien perdía la dentadura, quedar para siempre con expresión ácida y desencajada, obligado por tal circunstancia a modificar sus hábitos alimentarios; papillas, caldos, pimientos bien fritos y viandas de poca densidad, pasaban a ser el sufrido masticar de cada día. Ciertamente, que tal circunstancia solía darse en avanzada edad y cuando deter-

minados manjares pasaban a ser un recuerdo perenne el resto de sus días. Así podríamos describir un retrato breve del "Maestro Vicente", si además, le imaginamos con una gorra raída y ennegrecida por los bordes, el charol de la visera agrietado y sin brillo, la chaqueta con botonadura metálica (cuando la llevaba) descolgada por las puntas, el retrato, además de fidelidad tendría el ambiente de aquellos años.

El Alcalde lo nombró sereno de Sorbas, sin derecho al incremento de sus emolumentos. Tal circunstancia era una cuestión menor, debió pensar que los honores y la enjundia del cargo ya compensaban de por sí. Tanto empeño puso en sus funciones que, para no provocar dudas sobre su dedicación y eficacia, cada noche, después de unas rondas y sobre las cuatro de la madrugada, con el chuzo bien asido, la chaqueta abotonada, y talante fundamental, se situaba bajo el balcón donde dormía el Alcalde: "¡LAS CUATRO EN PUNTO Y SERENOOOOOOOOO! ¡SIN NOVEDAD EN EL PUEBLO DE SORBAS!" Las primeras veces que lo hizo, el Alcalde lo tomó como un exceso de celo, se giró al lado contrario para seguir con el sueño. Pero cuando comprobó que el "Maestro Vicente", se había tomado como una obligación dar las novedades a la misma hora y debajo de su balcón, una madrugada, el Alcalde montó en cólera, se asomó al balcón y a voz en grito le dijo: "¡Vicenteeeeee vete a la mierda! Y a darle el

coñazo a quien se te ocurra menos a mí. ¡Cómo asomes más por ésta calle, por mis muertos que se terminan los serenotes en este pueblo!" Ante la claridad y contundencia del aviso, "El Maestro Vicente" no dio lugar a otra. Hacía su ronda por la plaza y la calle de abajo, desde ambos puntos observaba si aquel trayecto estaba tranquilo, y seguía

su deambular por otros barrios.

De vez en cuando, el sosiego de sus noches se veía roto por alguna serenata improvisada, actividad impropia que alteraba el orden y descanso de los vecinos. Con cierta premeditación se formaban comparsas curiosas y a veces extravagantes, que con la excusa de rondar a novias y mozas en general, se apostaban bajo lo balcones y les dedicaban las canciones más diversas: rancheras, boleros, jotas y lamentos por amor, propios de la ocasión. No hace falta decir que, la mayoría de las veces, la entonación y armonía musical era asuntos de otro mundo, aunque ocasiones hubo en las que se acertó, y los comentarios glosaron la bondad de la comparsa. Semejantes serenatas darían para varias páginas y ocasionaron anécdotas curiosas, que ahora no vienen al caso. Si se ha de decir que, "el maestro Vicente" fue perseguidor implacable de tales rondas, que para despistarlo en los momentos que se creían fundamentales, lo desorientaban, haciéndole creer que la próxima actuación sería en una distinta a la prevista. Huelga relatar los enfados que tales engaños le provocaban, montaba en cólera, perseguía a la pandilla sin descanso y no cejaba hasta dispersar la serenata. El tiempo formalizó su compromiso y "el maestro Vicente" se hizo viejo. Por aquel entonces, no existía más jubilación que la muerte o el impedimento físico. Antes de ello y con la edad impropia para trotar las calles de madrugada, "el maestro Vicente" siguió con su oficio de sereno, aunque el genio le había atemperado y las facultades físicas se habían convertido en un recuerdo, en el que era preferible no pensar. Llegado ese momento sus rondas se abreviaron, buscaba refugio en los bancos de la plaza, y si había serenata, procuraba alejarse lo más posible, donde no estorbase, ni le pudieran decir que no había actuado contra tal desorden. El "maestro Vicente", como cualquier persona que se precie, dejó éste mundo con la edad precisa, para que no se pudiese decir que la muerte le había robado años de su vida. Con él desapareció la figura del sereno en el pueblo. Los guardias municipales que le siguieron; Ricardo Chicas, el Cabo y otros, cumplieron con las obligaciones de su cargo con la misma diligencia, pero sin trasnochár más de lo preciso.

Otro sereno ha ocupado con insistencia mi memoria. Su recuerdo

siempre ha sido un latigazo vergonzoso, que hirió como una daga mi conciencia. Pienso a veces, que eso de la conciencia es un lujo incómodo y pertinaz, si algún bien produce, por inútil y etéreo, para algunos es innecesario. No quiero decir con ello que lo sea para mí, aunque a veces lo desearía, pero ciertas cosas, si se cultivan, se quedan con uno hasta la muerte. Hecha ésta salvedad imprevista, continuaré con el personaje que la provocó; José era su nombre, aunque tampoco lo puedo asegurar, todos lo conocíamos por "el sereno" y como tal dejó éste mundo apenas iniciada la pubertad. Llegaron al pueblo un día indeterminado de un año indeterminado, con el mismo silencio que después lo abandonaron. La madre era delgada y alta, siempre vestida de negro y con un pañuelo del mismo color en la cabeza que nunca se quitaba. Tenía una mirada profunda y triste, enmarcada por unos pómulos huesudos y prominentes, que acentuaban la cuenca oscura de sus ojos. Llevaba de la mano dos niños, que eran la estampa viva del desamparo y la necesidad; famélicos, de color cetrino y mirada saltona y triste, que exploraban un mundo nuevo y desconocido para ellos. Los tres se instalaron en el barrio de la Torreta, al final de la calle que sube empinada desde el Muelle. En una casa pequeña y triste, bajo la cuesta donde estaba la terraza que se usaba para cine de verano. Nadie de los que pregunté me supo decir la procedencia de aquella familia. Tampoco la causa de la soledad; quien era o había sido el padre de aquellos niños, si vivía o había muerto. Nadie daba unas referencias fiables, al menos a mí no me las dieron. Unos me dijeron que el padre había muerto en una cantera, aplastado por un bloque de piedra. Otros que había desaparecido en la guerra o en la posguerra. También, que había muerto en un campo de concentración en Francia. Unas y otras no estaban certificadas y aquella mujer no abrió la boca sobre el particular, y por lo que recuerdo la abrió muy poco. Además de la figura negra y espigada, su soledad la adornaba con el silencio, como si éste fuese la única dignidad que se le permitía tener. Alguien habrá (supongo) que tenga conocimientos de los orígenes y vicisitudes de aquella familia, pero aquellos a quienes pregunté no supieron dármele y como he dicho antes, las que me dieron no son fiables o contrastadas.

Ignoro igualmente de dónde y cómo, aquella madre sacaba lo imprescindible para alimentar a sus hijos, aunque muy escasos y parcos debieron ser los bocados que llevaban a su boca.

Aquellos años, las escuelas para niños estaban en el último piso de la "casa de Falange". En el piso anterior estaba la Hermandad de Labradores y los veranos, desde el salón noble emitía "radio Sorbas", cuyas emisiones eran en directo y se circunscribían a los discos dedicados: "la leyenda del beso", "las bodas de Luis Alonso", "El Sitio de Zaragoza" y dos o tres piezas más, en discos de pasta negra "la voz de su amo". En el ala de la casa que lindaba con el mercado municipal vivía "Galerilla", cuyo endiablado genio fue compañero inseparable de sus días. Sobre todo cuando en los recreos bajaban todos los niños a voz en grito y algunos nos colábamos en su casa a curiosear. Aquellos recreos se hacían en la plaza, bajo la vigilancia de los maestros y recuerdo perfectamente, que siempre en uno de los bancos, solitario, con aquella cabeza que apenas sostenían sus fuerzas y los ojos grandes y saltones, estaba "el sereno". Su aspecto decaído y melancólico, pasaba desapercibido entre los gritos y juegos de los demás. Siempre al acecho, esperando que alguna pelota se escapara para devolverla, o que algún grupo necesitara alguien para completar el juego. Andaba solo, desaliñado, comiendo pieles de naranja, y todo aquello que pudiese descuidar en cualquier despiste, que por lo escaso y miserable de los tiempos, sólo eran migajas, sobras y desechos que otros no quisieron. Con tales estrecheces, paseaba solitario su anatomía cerúlea y transparente, mientras los demás niños estábamos en la escuela. Esperando que acabase y al acecho, para juntarse conmigo y jugar a las bolas (canicas). Siempre estaba en el lugar y hora oportuna para encontrarme, cuando después de terminada la escuela, salía a la plaza con el bocadillo que mi madre me había preparado. Jamás le di un bocado, ni repartí con él lo que me sobraba, a pesar de que sus ojos desprendían una mirada ansiosa y desalentada. Tampoco recuerdo que me pidiese nada, aunque no hacía falta, su estampa y sus ojos eran una súplica constante.

Estoy seguro que en muchas cosas, "el sereno" era un niño diestro e inteligente, aunque el desaliento



Jugando a las canicas. Dibujo de Pedro Soler

y la necesidad le obligaron a estar siempre al acecho y seguramente a creer que los demás, al tener y disfrutar de aquello que necesitaba, eran superiores y estaban mejor dotados que él. Pero había un juego, "las canicas", en el que era un maestro, aunque su sabiduría la disimulase, buscando otros fines más específicos y necesarios. Aún siendo niño, usaba con el ingenio que imprime la penuria, una estrategia predeterminada en sus juegos. Al menos conmigo así lo hizo, hasta que descubrí su estrategia; desde entonces, su relación conmigo fue de sumisión. Pensaría que era la única solución para jugar con alguien y de paso, hacerse con algún bocado furtivo que le aliviara los retortijones de estómago.

Nuestra relación debió comenzar en la placeta de Aureliano, donde cada tarde después de la escuela, nos reuníamos para jugar a las canicas. Salía de casa con mi merienda y la certeza, que "el sereno" estaría sentado en el bordillo de la fuente o en un banco de la plaza esperándome. En la placeta ya teníamos preparado el agujero en la tierra, sólo hacia falta limpiarlo y quitar piedras y arena de su cercanías, para que las bolas rodasen bien hasta introducirse en él. Pasado un tiempo descubrí su táctica; dejaba que ganara algunas partidas, me hacía ver contentadamente que la cuestión estaba equilibrada y si ponía empeño en ello podía ganarle. En aquellas partidas solíamos jugar estampas de cajas de cerillas, chapas de distintas

procedencia y minucias que eran motivo para competir. Si a mi me faltaba la foto de un futbolista determinado y la tenía el contrincante, la partida estaba destinada a conseguirla e igualmente a la inversa. Así anduvimos jugando con resultados alternativos, hasta que una tarde, sin titubeos, con descaro me dijo: *"ésta tarde, si eres hombre, has de jugarle el bocadillo contra nada"*. Quedé pensativo, jugarle el bocadillo no era importante para mí, pero no tener premio si ganaba era otra cosa. Así que le propuse: *De acuerdo, me juego el bocadillo, pero si gano yo, has de dar dos vueltas a la plaza conmigo a "a coscoletas"*. (Así llamábamos cuando uno, subido sobre las espaldas del otro y abrazado a su cuello, tenía que llevarlo) Sabía que, su débil anatomía y la diferencia de estatura, le harían difícil o insufrible cumplir su deuda, y por tanto, además de ganarle, le infligiría la humillación de no dar cumplimiento a lo acordado. "El sereno" aceptó el reto imperturbable y nos fuimos decididamente a la placeta, donde puse mi bocadillo en la baranda que salva el desnivel de la calle y echamos a suerte quién salía primero. Aquella partida, no tuvo parecido con ninguna de las anteriores, su superioridad fue arrolladora. Me ganó con una facilidad pasmosa y humillante para un chiquillo, al que antes le hizo ciertas concesiones. No sólo se quedó con una de mis bolas de cristal, que perseguía desde hace tiempo. Tan pronto la partida estuvo decidida,

guardó las bolas y sin mirarme, se fue como una flecha para el bocadillo y con él se perdió por las calles que suben a "La Torreña". Aquella comedia duró unos días, mientras mi herido amor propio creía, que si le había ganado antes, igualmente podía hacerlo de nuevo. Pero cuando una tarde tras otra, veía que mi bocadillo desaparecía con el mismo destino y no había opción posible de ganarle, decidí que en adelante, si quería seguir jugando conmigo, las apuestas debería a ser las de antes: chapas, estampas y las bolas con las que jugábamos. Aceptó de mala gana, con gesto contrariado y lleno de desánimo, pero no tenía otra opción. A partir de entonces se adaptó a una nueva estrategia, ésta le causó más de un percance, que daba por bien empleado, si podía dar uno o dos bocados furtivos al bocadillo. Para conseguir su propósito, disponía el juego de tal manera, que provocaba perder su vez, cuando las bolas quedaban en tal disposición que yo, para iniciar mi turno dejaba el bocadillo a mi espalda y tenía que centrarme en el juego. Era la ocasión que aprovechaba, para dar los bocados que podía al bocadillo sin que lo viese. La voracidad y la rapidez con la que había de tragar era angustiada, más de una vez sufría atragantamientos, en los cuales parecía que se asfixiaba. La cuetrina piel se le volvía azulada y atornasolada, hasta que lograba tragarse o expulsar lo que estaba comiendo. Hubo ocasiones que lo sorprendí encorvado, ocultando el bocadillo mientras lo mordía, como si quisiera tapar la evidencia. Entonces me lanzaba contra él para arrebatárselo y propinarle una paliza. Con el ímpetu del que se sabe superior y defiende algo que considera irrenunciable y no quiere compartir. En ese instante, "el sereno" se tiraba al suelo y se encogía, alargaba el brazo ofreciéndome el bocadillo, su mirada suplicante me decía que estaba intacto y podía disponer de él. Después escondía la cabeza entre sus brazos y se quedaba inmóvil, esperando soportar los palos y las patadas que tuviese a bien propinarle. Nunca logré entender por qué buscaba mi compañía, incluso si yo andaba con otros y en otros juegos, él siempre rondaba por allí esperando. Con sus ojos saltones y la mirada triste, apoyado en las esquinas o sentado en los zaguanes, observando los juegos en los que nunca participaba.

Un día provoqué y fui testigo

impasible de una pelea cruel y despiadada, como no recuerdo haber visto otra en mi vida; "el sereno" y yo terminamos nuestra partida de canicas, mi bocadillo estaba intacto y en aquellos momentos no tenía hambre. Lo dejé en la ventana enrejada de la casa, con la intención que lo cogiese para comérselo y emprendí el regreso a la plaza. Sobresaltado por gritos e insultos repentinos, volví mis pasos a la placeta. Allí estaban enzarzados en pelea desigual "el sereno" y Juan, se disputaban el bocadillo con ensañamiento y crueldad impropia de unos niños. Me apoyé en el primer poyato que sujeta la baranda de la placeta, para ver el final de aquella disputa; "el sereno", encogido sobre el suelo, sujetaba el bocadillo con todas sus fuerzas, mientras Juan, sobre él y propinándole patadas, mordiscos y golpes, trataba de arrebatárselo. Como era previsible, llevó la resistencia hasta donde le permitieron sus fuerzas; cuando éstas alcanzaron su límite y comprendió lo inútil de su esfuerzo, se abandonó en el suelo, dejando el motivo de la disputa a un lado, para que Juan lo cogiera y se desentendiera de la pelea. Aún así, con el bocadillo en su poder, Juan se lo quedó mirando con desprecio, y antes de salir corriendo le propinó otra patada. "El sereno" se levantó con dificultad y dolorido, sujetaba sus pantalones que le caían, y con la cara llena de tierra y despeinado pasó por mi lado. Sin detenerse y protegiendo su brazo magullado, me miró con toda la derrota de la vida en sus ojos. Aquella mirada fue una de las mayores afrentas que he sufrido. Su abatimiento me despertó la vergüenza de no haberle defendido y sin duda, aquellos ojos saltones y fatigados, eran un reproche a mi indiferencia. Seguramente se refugiaría en la puerta de su casa, para escuchar las lejanas voces de otros niños, a los que no podía seguir en sus juegos. Con la desesperanza de haber comprobado que aquel de quien esperaba defensa no se la prestó cuando lo despojaban de un bocado que por tradición era suyo.

Pasaron algunas tardes de aquel Invierno y "el sereno" no dio señales de vida; en principio eché de menos nuestras partidas, aunque ocupado en otros juegos apenas pensé en él. Pero un día, cuando la tarde estaba entre luces y el frío cortando las esquinas, después de concluidos los juegos y sentados en la escalinata

de la Iglesia, varias mujeres de luto, con pañuelo negro en la cabeza y liadas en un mantón de lana también negro, cruzaron la plaza apresuradamente. Se perdieron por la esquina de la Iglesia, para subir en dirección al teatro. Al instante y por la misma esquina, apareció Bernardo corriendo y jadeante. Al vernos paró en seco, y cuando hubo sosegado la respiración nos dijo: "*¡El sereno se está muriendo!*" Todos emprendimos la carrera hasta la puerta de su casa y cuando llegamos, nos sorprendió la cantidad de mujeres agrupadas en la calle, la mayoría en silencio y las que hablaban lo hacían con susurros. Desde la altura donde estábamos, un repecho de calle que desembocaba en la misma casa, sólo se veía un leve resplandor alumbrando la entrada y de vez en cuando un suspiro sordo y profundo que salía del interior.

Dejé a los amigos, fui hacia la casa y escurriéndome entre el corro de mujeres logré alcanzar la puerta y entrar sin que nadie me dijese nada. Lo primero que me sorprendió fue el olor, era extraño y profundo, estaba impregnado en todo el ambiente, incluso la mirada se llenaba de él. Desde entonces, asocio aquel olor como el perfume de la muerte, nunca más volví a sentirlo y jamás lo he olvidado. Toda mi vida lo he tenido presente cuando me acude el recuerdo de aquella habitación, o en situaciones semejantes que surgieron de la lectura, o en la escena de alguna película.

Era una casa miserable y pequeña, de techos muy bajos con traviesas de eucalipto que soportaban una base de caña y yeso. Sobre una vieja mesa de madera había un quinqué de gas y en la pared de enfrente, en la repisa de una cocinilla, la luz de una palmatoria con una vela encendida. En la mesa que iluminaba el quinqué, estaba el médico firmando unos papeles. Cuando hubo concluido se levantó y separando una manta que colgaba de un cordel, pasó a otra habitación más reducida, que quedó oculta al caer nuevamente la manta. Fui hacia ella, la aparté ligeramente y vi, como el médico entregaba los papeles a la madre "del sereno". Una vez dentro, encontré una de las escenas más sórdidas y de más desamparo que pueda imaginarse: en una esquina de la habitación, en el suelo y sobre un jergón hecho con sacos descosidos, yacía el cadáver de José, que había muerto unos minutos antes. Estaba

amortajado con una servilleta blanca, que hacía resaltar aún más el tono aceitunado de su cara, con los labios amarrotados y la cuenca de los ojos hundida, de un color tenebrosamente oscuro. Yo estaba de pie, prácticamente encima del cadáver, observé que le habían cruzado los dedos de las manos y para que no se separaran, las ataron por las muñecas con un retal de lino también blanco. Llevaba los pantalones cortos de siempre y aquellas débiles piernas que le arrastraban, eran escorzos de puro hueso con una funda de pergamino envejecido.

Ensimismado en la contemplación de aquel cadáver, sentí en el hombro una mano que suavemente me obligaba a salir. Era la madre, que sin pronunciar palabra me indicaba la salida. La miré fijamente, por vez primera veía la cara de aquella mujer, que siempre llevaba tapada con un pañuelo negro. Era un rostro severo, que coronaba una estatura inusual para una mujer de entonces, de piel oscura y grandes ojos negros que parecían brotar de sus órbitas. No había en ellos la más leve señal de una lágrima, tampoco estaban enrojecidos. Tenían el amargo túnel de la desdicha, que no era solamente la muerte del hijo, era un antiguo desamparo que la acompañó siempre, y que le había configurado la severidad de su gesto, la oscuridad de su figura y seguramente también, le había previsto el desenlace de su hijo.

Para mi todo aquello era nuevo; la miseria, la severidad ante la desgracia, la desnutrida estampa de un cadáver, que minutos antes era un niño con el que había jugado a diario y cuya muerte no entendía. También flotaba en el ambiente la ausencia de llantos o sollozos. Todo el mundo hablaba entre sí, en voz baja, lo contrario de lo que solía suceder en casi todos los velatorios del pueblo, donde los plañidos y los gritos de las mujeres, torturaban las noches y las horas, cuando el difunto estaba de cuerpo presente.

Al día siguiente, un sencillo ataúd de madera pintado de blanco, adornado con una cenefa de papel troquelado y brillante en la tapa, cruzó el pueblo camino del cementerio. Tras él, un cortejo menguado y breve, diez o doce personas a lo sumo y yo, que lo seguía por las esquinas sin entender lo definitivo y serio que era el asunto.